



Inauguración del monumento. Don Benito estuvo presente.



Monumento labrado por Victorio Macho, en el parque de El Retiro, en glorieta dedicada al escritor.

**GALDÓS, LECTOR ENTUSIASTA DE CERVANTES:
NOTAS SOBRE SU BIBLIOTECA Y SUS PRIMERAS
REFERENCIAS CERVANTINAS EN LA NACIÓN¹**

**GALDÓS, ENTHUSIASTIC READER OF CERVANTES: NOTES ON HIS LIBRARY AND
HIS FIRST CERVANTINE REFERENCES IN LA NACIÓN**

Por José Manuel LUCÍA MEGÍAS
*Catedrático de Filología Románica de la
Universidad Complutense de Madrid
Miembro Numerario del Instituto de Estudios Madrileños*

Conferencia que estuvo previsto pronunciar
el 10 de marzo de 2020, en la Sala del Patio de la Casa de
la Villa de Madrid y que fue suspendida por la declaración
en España del estado de alarma por el coronavirus.

Cada día se parece más Galdós a Cervantes, por dentro
Francisco Ayala

RESUMEN:

La relación de Galdós con la vida y la obra de Cervantes comienza en la escuela y en sus primeras lecturas y no le abandonará hasta su muerte. En Cervantes, Galdós encontrará una guía tanto literaria (la ambición de construir la novela global) como personal (un modelo de actitud ética ante los avatares del momento). En este trabajo se analiza esta influencia en los primeros escritos de Galdós a su llegada a Madrid, en el periódico *La Nación*, así como el reflejo de su pasión cervantina en sus dos bibliotecas: la de Madrid y la de Santander. Una radiografía del joven Galdós que sorprende por su lucidez y por la profundidad de las lecturas cervantinas que había llevado a cabo.

ABSTRACT:

Galdós's relationship with the life and work of Cervantes begins at school and in his first readings and will not leave him until his death. In Cervantes, Galdós will find both a literary guide (the ambition to build the global novel)

¹ Este trabajo se inscribe en el marco de los proyectos *Parnaseo (Servidor Web de Literatura Española)* (FFI2014-51781-P) y *Exocanónicos: márgenes y descentramiento en la literatura en español del siglo XXI* (PID2019-104957GA-I00), concedidos por el Ministerio de Economía y Competitividad.

and a personal one (a model of ethical attitude to the ups and downs of the moment). This work analyzes this influence on Galdós' first writings upon his arrival in Madrid, in the newspaper *La Nación*, as well as the reflection of his Cervantine passion in his two libraries: the one in Madrid and the one in Santander. An radiography of the young Galdós that surprises for its lucidity and for the depth of the Cervantine readings that he had carried out.

PALABRAS CLAVES: Benito Pérez Galdós, Miguel de Cervantes, *La Nación*, primeros escritos, Biblioteca cervantina, *El Quijote*, Novelas ejemplares.

KEY WORDS: Benito Pérez Galdós, Miguel de Cervantes, *La Nación*, first writings, Cervantes library, *El Quijote*, Novelas ejemplares.

1. PRIMERA NOTA: UN PAÍS CON Poca MEMORIA (AYER Y TAMBIÉN HOY)

Benito Pérez Galdós es inabarcable. Es inconmensurable. Como Miguel de Cervantes. Son autores con una obra tan llena de lecturas, de matices que se han ido superponiendo a lo largo de los siglos, que cualquier acercamiento ha de pecar de parcial. Y más cuando uno pretende acercarse a una de las pasiones que acompañó a Benito Pérez Galdós a lo largo de su vida, desde sus comienzos estudiantiles hasta sus finales novelescos: la lectura de las obras de Cervantes, y, en especial, del *Quijote*.

Todos los biógrafos galdosianos, todos los estudiosos que con “mejor pecho” se han acercado a su obra para iluminar sus misterios y pregonar sus virtudes, coinciden en la enorme deuda que contrajo Galdós con la obra (y la vida) de Cervantes a lo largo del tiempo: una deuda de aprendizaje y una deuda de acompañamiento. La deuda del escritor –que aspira a transitar la novela entendida como un género completo y complejo-, pero también la deuda del ciudadano, que encontró en el pensamiento cervantino un modelo de conducta y de lucha.

Desde las primeras lecturas en la casa paterna canaria y en el Colegio de San Agustín, cuando, junto al *Quijote* cervantino, el joven de catorce años, quedó deslumbrado por *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas, el *Oliver Twist* de Charles Dickens (o de Carlos Dickens, como se decía en el siglo XIX), y el drama *Cid Rodrigo de Vivar* de Manuel Fernández, hasta las continuas referencias al *Quijote* y a la historia del cautivo en su episodio nacional *Carlos VI en la Rápita*, publicado en el año 1905², justo el año de las conmemoraciones del

² Joaquín Casaldueiro, en su *Vida y obra de Galdós* defiende que esta es una de sus obras más cervantinas: “*Carlos VI en la Rápita* es una de las obras de Galdós en la que el escritor compite más con Cervantes. Juega con la frase cervantina, maneja con idéntica maestría la agrupación de los personajes y el ritmo de la acción, muestra su gozo en la invención de caracteres; al crítico Cervantes le critica por novelesca alguna de las situaciones del *Quijote* de 1605 (Historia del Cautivo), pero sobre todo compite con el maestro barroco en la percepción irónica de la vida” (4ª ed. ampliada, Madrid, Gredos, 1974, p. 275).

tercer centenario de la publicación de la primera parte quijotesca³, en que Galdós contaba con 62 años, la obra cervantina fue su guía.

Por esta razón, en estas notas volanderas de un investigador de Cervantes y de un entusiasta lector de Galdós, me centraré en sus años juveniles, en esos primeros años en que todo era un descubrimiento a su llegada a Madrid, ese Madrid de poca Universidad y de mucha caminata, teatro, zarzuelas, óperas, tertulias y verbenas. Ese Madrid que Galdós fue descubriendo tanto en sus paseos como en las crónicas que fue escribiendo para *La Nación*, desde el 3 de febrero



Fotografía de Benito Pérez Galdós a su llegada a Madrid en 1864.

³ Envía el siguiente texto Galdós a la ciudad de Alcalá de Henares en mayo de 1905 para participar en los actos de homenaje a Cervantes en el III Centenario: “Más gloriosa que todas las ciudades de España es Alcalá de Henares, por ser cuna del primer Ingenio español. Amemos a esa ciudad y tengámosla por nuestra metrópoli espiritual, pues en ella quiso Dios que viniera al mundo Cervantes; en ella brotaron sus primera sonrisa y su primera lágrima; en ella balbució las primeras voces de esta lengua que después fue por él mismo elevada a la más alta perfección. Los primeros pasos que el inmortal castellano dio a orillas del Henares, conduciéndole a las cumbres de la gloria; en ellos acompañábale ya una sombra indecisa que más tarde fue tomando cuerpo y figura, savia, cerebro y alma, hasta salir por el camino de Montiel con el sublime espíritu del Hidalgo manchego. Amemos a esta ciudad y deseémosle prosperidad, bienestar y grandezas que igualen a su gloria literaria”. Cito por Miguel Sawa y Pablo Becerra, *Crónica del Centenario del Don Quijote*, Madrid, 1905, p. 292.



La primera participación de Benito Pérez Galdós en *La Nación*.

⁴ Para la lectura de los artículos de Galdós en *La Nación* sigue siendo de lectura obligatoria el magnífico libro de William H. Shoemaker, *Los artículos de Galdós en "La Nación"*, Madrid, Insula, 1972. Hemos consultado el resto de los volúmenes gracias a la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, de la que proceden también las imágenes de este periódico. Véase también la tesis doctoral de María Isabel Rovira Martínez de Constrata, *Los aprendizajes de Benito Pérez Galdós: del periodista político al novelista en ciernes (1865-1876)*, leída en la Universidad Central de Barcelona el 6 de septiembre de 2017 (<http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/118773>).

de 1865, con 21 años, hasta el 13 de octubre de 1868⁴. Más de 130 crónicas que he leído con el placer de adentrarme en la construcción de la “mesa de trucos” del joven escritor que se vale de este medio –como ya lo había hecho en Las Palmas– para dialogar con su tiempo; donde sorprende la mirada certera de su entorno como la rotundidad de sus comentarios, de sus críticas. Una escritura que es como un bisturí que disecciona, como nadie, un mundo que, poco a poco, irá abandonando las páginas semanales de los periódicos para adentrarse en las cuartillas de los libros, de sus novelas –y de las obras de teatro que por aquellos años escribiera y que al final de su vida le diera tantas alegrías como disgustos.

Este será nuestro territorio literario. Y de telón de fondo, los libros cervantinos o sobre Cervantes que conservó Galdós en sus bibliotecas de la villa de San Quintín en Santander y en su casa de Madrid.

Una huella cervantina que supone un particular diálogo con el lector de su época, en su mayoría también entusiasta lector de la obra cervantina, que, frente a lo que sucede hoy en día, muchos se sabían de memoria. Y no de otro modo, en este particular diálogo cómplice con el lector de *La Nación*, hay que entender algunos guiños cervantinos que introduce Galdós en sus textos periodísticos.

Con estas palabras comienza la “Revista de la semana” el 11 de marzo de 1866:

Quisiéramos, amable lector, que esta semana fuera la más fecunda, la más alegre, la más chistosa que el año de gracia de 1866 pudiera dar al mundo (p. 296).

Que suena como eco del inicio del prólogo de la primera parte del *Quijote*:

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse.

Y un eco más buscado lo encontramos en el modo que utiliza Galdós a la hora de describir físicamente a Juan Eugenio Hartzenbusch, en la primera de sus “Galerías de españoles ilustres”, que publica el 4 de febrero de 1866.

Añadamos un mal bosquejado cuadro a nuestra galería.

Más de una vez, amadísimo lector, habrás encontrado en tu camino a un hombre de pequeña estatura, delgado, erguido, de fisonomía animada, aunque grave; de color encendido, de mirada serena que se clava sucesiva y rápidamente en todos los objetos a través de los gruesos cristales de unos anteojos; de andar corto y precipitado. Este hombre, cuya edad frisa en los sesenta, pasará con presteza junto a ti, y de seguro no podrás observar los rasgos característicos de su fisonomía, si no te apresuras a seguirle atravesando entre la multitud que se aparta para darle paso. [...] Este hombre es el autor ilustre de *Los amantes de Teruel*, don Juan Eugenio Hartzenbusch. (p. 262).

Y cualquier lector de la época –como cualquier lector actual conocedor de la obra cervantina- esbozaría una sonrisa, pues Galdós utiliza como modelo para describir a uno de los más reputados cervantistas de la época –además de escritor y director de la BNE, entre otros tantos méritos- el texto que Cervantes utilizara para retratarse a sí mismo en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, de 1613:

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el Viaje del Parnaso, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y, quizá, sin el nombre de su dueño. Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra.

La memoria de los lectores.

¿Y la memoria del país?

Uno de los temas que se van repitiendo en las revistas semanales que escribió Galdós para *La Nación*, es el lamento por la poca memoria que tiene España para recordar a sus grandes escritores, a los grandes hombres que han hecho posible su gloria. Y la primera vez que lo hará será en la revista semanal que publica el 26 de noviembre de 1865, en que ha pasado el aniversario del nacimiento de Lope de Vega sin pena ni gloria:

Concluamos recordando que ayer fue el aniversario del natalicio del inmortal frey Lope de Vega Carpio, fénix de los ingenios, monstruo de la naturaleza, que vino al mundo en Madrid el 25 de noviembre de 1562. Inútil es decir que ayer no hubo en esta población nada que conmemorase el nacimiento de uno de sus hijos más ilustres. Los que debían hacer esta conmemoración no piensan más que en rendirse culto a sí mismos. (p. 220)

Y lógicamente, este silencio termina siendo atronador si se compara lo que sucede en España frente a lo que hacen otros países con sus particulares glorias nacionales:

El día del aniversario de Shakespeare hay en Londres una fiesta popular que presiden los primeros funcionarios de Reino Unido; el día del aniversario de Schiller o de Goethe se reúnen en Francfort diputados de todos los Estados alemanes para celebrar dignamente la memoria de aquellos dos grandes poetas. En España no hay nada de esto: ni consagra anualmente un recuerdo a sus hijos inmortales la ciudad ingrata que no ha sabido erigirles estatuas. (ídem.)

Y esta misma idea es la que retomará el 24 de abril de 1868, cuando se lamenta de que no haya habido ningún acto que recuerde que el día anterior era el aniversario de la muerte de Cervantes⁵:

Ayer era el aniversario de la muerte de Cervantes, y ninguna manifestación académica ni popular recordó a los españoles los deberes de gratitud y estimación que los pueblos tienen para con sus hombres eminentes. Estas manifestaciones son la medida justa de la cultura de una nación, y son señales ciertas de que los de hoy son dignos hijos de aquellos que les precedieron e ilustraron su nombre, siendo el orgullo de la patria y el dechado de propios y extraños. (p. 500).

¡Y cómo no! Este silencio hispánico se convierte en una ensordecedora vergüenza y, de nuevo, se recuerdan las fiestas que se realizan en Alemania o en Inglaterra para homenajear a Schiller o Shakespeare: “Todos los teatros dan allí funciones alegóricas, presentan apoteosis magníficas de aquellos genios inmortales, y todos los individuos de la nación aprenden a honrar la memoria de sus ilustres ascendientes, cumpliendo uno de los deberes más sagrados que tienen los pueblos” (p. 500).

El joven Galdós de 25 años, que es el que escribió estas líneas hace más de siglo y medio, parece que es el mismo joven que podría hoy en día, como muchos de nosotros, seguir lamentándose de cómo nos preciamos en España de despreciar a nuestros ilustres escritores, artistas, hombres que han ido construyendo con su obra nuestro presente. Celebramos en estos meses a Galdós, lo recordamos como se merece el aniversario de los cien años de su muerte, y este ciclo de conferencias organizado por el Instituto de Estudios Madrileños es una buena muestra.

Pero en medio de estas celebraciones, de estudios, biografías, exposiciones y jornadas, siempre tiene que venir algún listillo a sacar buenos réditos publicitarios de críticas que vienen a deshora. Galdós es un continente. Es un autor que

⁵ Y así también sucede con Calderón de la Barca, otro de los grandes olvidados. Así comienza su crónica el 17 de enero de 1868, titulada “El aniversario de Calderón”, donde repite muchos de los argumentos antes indicados: “Hoy, 17 de enero, es deber de todos los que aman las glorias españolas consagrar un recuerdo a uno de los más preclaros ingenios que ha dado al mundo nuestra patria. Aquí no se hacen manifestaciones públicas ni ceremonias oficiales que digan a la generación presente las virtudes de aquellos varones ilustres, cuyos nombres invocamos siempre que el legítimo orgullo nacional nos alienta. En todos los países civilizados se celebra el aniversario del natalicio o muerte de los grandes hombres con fiestas populares o manifestaciones académicas de un carácter puramente literario; con apologías en la prensa, con sesiones extraordinarias en las asambleas artísticas, con vistosas apoteosis en los teatros. Alemania festeja ruidosamente a Schiller el 11 de octubre; Inglaterra recuerda a su inmortal Shakespeare el 23 de abril, y Francia consagra solemnemente el 15 de enero en todos sus teatros la gloria del inimitable Molière. Entretanto, difícil es que los españoles conozcamos que hoy hace doscientos sesenta y ocho años que vino al mundo en esta villa el insigne Calderón; y casi pudiéramos creer que el tal D. Pedro no es español, ni madrileño si consideramos el silencio que reina hoy allí donde los cuarenta se reúnen otras veces a saborear su indigesta prosa; si en los carteles abigarrados de los teatros vemos nuestra escena invadida por ridículas bufonadas o pálidas imitaciones del arte francés” (p. 380).

lo abarcó todo y que todo pasó por su pluma. Pocos escritores pueden compararse en la ambición de su escritura, en la amplitud y experimentación de los géneros a los que se acercó, en el posicionarse en su época y conseguir trascender su propio tiempo y geografía, en la mezcla creativa de vida y literatura, en esa construcción continua, ese ir creando un universo literario coherente a cada obra, en cada momento.

Por este motivo, creo que las polémicas nacidas de novelistas de cuyo nombre no quiero acordarme, con una obra más apoyada en las promociones editoriales y en los medios de información que en las propuestas literarias propias, que nunca llegarán a trascender nuestro tiempo y que se apagarán como lo hace el recuerdo de sus obras una vez leídas, a nada nos conduce. Tan solo, a recordar, una vez más que un país, un pueblo que mira con desdén o con crítica a su memoria es un pueblo enfermo... ayer y hoy.

Así se expresaba Galdós ayer al lamentarse del silencio que rodeaba la figura de Cervantes en 1868:

Decimos esto porque creemos que es señal evidente de postración intelectual este descuido con que se mira la memoria de los grandes hombres. Un pueblo ingrato, un pueblo indiferente y parco en honores con sus ilustres ascendientes, nos parece tan digno de censura como un mal hijo. Cervantes nos sirve de autoridad cuando queremos probar que somos muy grandes y que ponemos mucho en la balanza del mundo, nos sirve para presentarnos a los ojos de Europa como el pueblo de más inventiva, como la raza más ingeniosa y de más riqueza de fantasía. Con el *Quijote* hacemos callar a todo extranjero que se permite dudar de la facultad creadora y de la inteligencia de los españoles; pero en el interior, acá entre nosotros, no sabemos acordarnos nunca de que somos hermanos de aquel escritor incomparable, *delicias y orgullo del linaje humano*. (p. 500)

Y hoy podemos decir que no podemos permitirnos el lujo como país de comportarnos como un mal hijo. Es nuestra obligación recordar a los grandes hombres que han construido con su esfuerzo nuestro pasado. Ahora es el momento de que nosotros no seamos ni ingratos, ni indiferentes ni parcos en honores. Todo lo contrario. Y aquí estamos para recordar y celebrar a uno de los escritores que mayor gloria ha dado y sigue dando a la lengua española, como ha sido, es y será Galdós.

2. SEGUNDA NOTA: UN PAÍS QUE HABLABA EN FRANCÉS

Benito Pérez Galdós comenzó a escribir sus crónicas periodísticas, y también sus obras de teatro y sus cuentos y primeros bosquejos de novelas, en el ambiente literario en que triunfa el francés. El francés y lo francés.

El viernes 11 de agosto de 1865 comienza en *La Nación* un nuevo folletín. Algo habitual en la época. Pero el hecho de que este nuevo folletín sean las *Novelas ejemplares* de Cervantes merece una “advertencia”.

Comienza este texto dejando claro que en el folletín, género que nació en Francia con Balzac (22 de mayo de 1838) y en España, en el *Diario de Madrid*, los domingo y miércoles a partir del 2 de junio de 1839, triunfa, “sin excepción de matices”, la novela. Pero lo que ahora se denuncia es que en este momento, treinta años después, domina un determinado tipo de novela: la novela francesa.

Que esta [la novela] ejerce el monopolio tiránico del folletín periodístico es evidente; pero hay otra verdad que también lo es, aunque lo de evidente agrega lo de triste; esto es que el monopolio de que hablamos lo ejerce casi exclusivamente la novela francesa, no siempre dotada de las condiciones literarias que el buen gusto reclama, y aun menos veces adornada del precioso requisito del respeto a las buenas costumbres. Esto, aparte de lo mucho que ciertas traducciones dejan que desear, no tanto tal vez por ignorancia de los traductores, como por el espíritu mercantil de hombre que no escrupulizan en confiar trabajos literarios a meros “destajistas”.

Esta es la radiografía del presente. ¿Cómo alejarse de esta “trilladísima senda”? Frente a la “novela francesa” es el momento de darle protagonismo a la “novela nacional”. ¿Dónde buscar su origen y su ejemplo? Pues en el Siglo de Oro y, sobre todo, en Cervantes:

Volvemos, pues, la vista al Siglo de Oro de nuestra literatura; parécenos oportuno y hasta patriótico contribuir a la mayor publicidad de las novelas del gran ingenio español, del inmortal Cervantes, y en sus “Novelas ejemplares”, tesoro inagotable de fecundidad en cuanto a los argumentos y de belleza sin rival relativamente al estilo, hallarán los aficionados a este género cuanto al más exigente deseo de esparcimiento y solaz puede contentar.

Y, no solo se van a publicar, ocupando el espacio del folletín, que suele estar copado por los textos franceses, sino que se va a llevar a cabo de una manera para que pueda ser encuadrado al final, lejos de la lectura efímera de los otros folletines:

Estas ricas producciones del más rico de los ingenios españoles vamos a publicarlas en forma adecuada para que puedan encuadrarse y formar parte de la biblioteca de los hombres capaces de apreciar lo literalmente bello; honor negado a esas frívolas novelas transpirenaicas, que solo alcanzan a obtener un favor momentáneo, recompensa quizá excesiva de su dudoso interés; novelas que, al ser conocido su desenlace, no logran instalarse en los estantes del literato ni luchar victoriosamente con el olvido que es, no pocas veces, su único patrimonio.



Las Novelas ejemplares de Cervantes en La Nación.

En muchas ocasiones a lo largo de sus crónicas en *La Nación*, el joven Galdós se lamenta de cómo el francés termina por dominar los teatros, las librerías y hasta está contaminando el español que hablan –y escriben– los autores de éxito, los “modernos” de aquel tiempo. Siempre hay un comentario al margen, un suspiro desaprobatorio. Así terminaba su revista de la semana al lamentarse de que nadie se hubiera acordado del natalicio de Lope en 1865, como ya se ha recordado:

Anoche no se representaron comedias de Lope en los teatros de la corte. En el Circo se representó *El suplicio de una mujer*, y en el Príncipe, *Luis Onceno*, ambas arregladas del francés. (p. 220)



Las Novelas ejemplares de Cervantes en La Nación.

No hace falta decir más. Un comentario que es tan cortante como una navaja castellana.

Pero la indignación adquiere su mayor grado en la “Revista de la semana” del 2 de febrero de 1868, cuando se da cuenta de la apertura de un nuevo teatro en Madrid. Lo que tendría que ser una noticia que llenara de alegría a los amantes de los escenarios, se convierte en un enorme disgusto, pues es un teatro que ofrece la novedad no tanto de estrenar nuevas obras francesas, sino de hacerlo directamente en francés: “ya no faltaba más que eso”, exclamará al inicio de su artículo: “En Variedades no sucede esto. Es un francés puro y neto, las *Folies dramatiques* o el *Ambigu comique*, trasladados de los *boulevares* de

París a la calle de la Magdalena” (p. 401). Y no solo se ha abierto, sino lo que le escandaliza aún más a Galdós es que lo ha hecho “con el pie derecho”:

Y el nuevo teatro parece que corre con suerte y que ha entrado en Madrid con pie derecho. *El Cascabel* anuncia significativamente su buena acogida en estas breves palabras, que son un libro:

“Se ha abierto el teatro francés en Variedades.

La aristocracia española ha abonado todas las localidades. ¡Viva España! (p. 401)⁶.

Y este episodio le permite a Galdós escribir una de las páginas más hilarantes de todas sus crónicas, unas páginas en que muestra dos grandes cualidades de novelista, que luego se han destacado en sus obras: su oído para la reproducción de los diálogos, la forma de hablar de cada clase social, de cada persona; y su humor, su capacidad de crear personajes cómicos, en que se puede sustentar la crítica, al mejor estilo cervantino.

En esta crítica se reproduce el diálogo que oyó el autor en las butacas del Variedades. Los protagonistas son dos caballeros, uno de ellos entregado a las obras francesas, y que no puede dejar de mezclar palabras francesas con las españolas. He aquí la escena publicada en *La Nación*:

-Entienda usted esta escena. ¡Qué golpe de efecto!

-Palabra de honor: esto me parece un poco banal.

-¿Qué es lo que usted dice? ¿Banal?

-Sí, yo estoy *más a mi comodidad* en el Príncipe. *Yo amo mejor* la comedia española.

-La *comédie espagnole*, ¿y puede soportar aquella *platitudo*, aquella *grossiereté* de ideas y de formas?

-¿Qué comedias españolas conoce usted?

-Par example, *Le maire de Zalamea*.

-¡Ah, *El Alcalde!*...

-He visto también el *Qui de las niñas*.

-Ya; el *Sí de las niñas*. ¿Y qué le parece a usted?

-Un *giro de fuerza* sin mérito alguno. No niego que Moratín sea un *bello espíritu*; pero ¿es que su obra vale más por eso?

⁶ Al final de su crónica, Galdós anuncia que en pocas ocasiones pisará este teatro, y lo hace con uno de sus juegos habituales de ironía: “Os pido mil perdones por haber empleado en esta Revista una porción de palabras francesas. El caso no era para menos. Tal espectáculo, tal público. Estamos próximos a una crisis filológica. Si esta invasión francesa continúa, vamos a hablar *patois* dentro de poco. Prometo por mi parte no poner los pies en el teatro de Variedades. Prefiero cualquier cosa, los *bufos*. Allí hay algo de español. Se baila, y se disparata, y se patea, y se gruñe en español. Preferible es el despropósito coreográfico de aquellas piernas algodoadas, al *cancan* recitado, cantado y aplaudido de Variedades. En arte hispano-madrileño está cogido y acorralado. Madrid confina al Este con los *bufos*, al Oeste con el Teatro Real, al Norte con el teatro de Maravillas y al Sur, con el teatro francés. ¿Hacia dónde nos volvemos? No hay remedio: es preciso emigrar. Vamos a Francia: tal vez allí encontremos un teatro español” (pp. 404-405).

-Yo creo que vale mucho, y debieran los *impresarios* españoles ponerla en escena con preferencia a otras.

-Tenéis *tuerto*, mi amigo.

-¿Qué más obras españolas conoce usted?

-Conozco *le Menteur* de D. Ruy d'Alarcon.

-Será la *Verdad sospechosa*, por D. Juan Ruiz de Alarcón.

-Justamente, esa es. Pero está imitada del *Menteur* de Corneille.

-¡Ah!, se *trompa* usted: *es todo al contrario*.

-¡*Voilà!* *es bien raro*.

-Y por lo que entiendo, caballero, creo que está usted poco enterado de las cosas de su patria.

-¡Oh! *yo raffole de l'art française*.

-Y creo que *ha finido* usted por *se olvidar* de la lengua de Cervantes.

-De *Cervantés*. ¡Ah!, el autor de *Don Quichotte*; una *bella obra, palabra de honor*. Un poco *ennuyant*. *Mais...* (pp. 402-403).

Ya con Cervantes, el otro caballero no puede soportar más la conversación, y termina por insultarle: “¡Usted es un imbécil!”. A lo que el otro, al sentirse insultado, agredido en su honor, grita a su vez: “¡*Monsieur!* Soy español y no consiento...”. Justo el “español” era el que mezclaba más palabras francesas en sus frases, el que alababa la cultura francesa menospreciando la española. Papeles cambiados según lo que podríamos esperar, pues el otro caballero, el que ama la comedia española, es precisamente un caballero francés.

Y esta cómica conversación –entretenimiento– acaba con un largo discurso del francés, que defiende como nadie la cultura y a los autores y la tradición española –enseñanza–, en una mezcla muy cervantina del “enseñar deleitando”. Así comienza su respuesta:

¡Ah! ¿es usted español? ¿Y cómo siendo español, destroza usted su lengua afectando una *tenue* francesa, y hablando un *argot* ininteligible? ¿Por qué *tiene usted semblante* de despreciar el arte de su patria y de denigrar a los hombres eminentes de España? Yo soy francés, *caballero*, y destrozó la hermosa lengua de *Quevedó*, porque no la sé, aunque hago los mayores esfuerzos para aprenderla. Yo soy francés y *soy venido* a estudiar las costumbres de este pueblo, que los *historianos* llaman grande, de noble carácter, de imaginación *luxuriante*, de pasiones vehementes; a este pueblo que goza en el mundo de gran reputación por su genio vivo y penetrante, por su inteligencia, y, sobre todo, por su carácter *fiero*, que ha sido *jadis* la causa de su independencia y de su gloria.

Yo soy francés, *caballero*; y soy aficionado a las letras y artes españolas, que desde mi juventud he *desirado* ardientemente dos cosas: ver los *tablos* de *Velazqués*, y aprender el español. [...] ¡Y cuál habrá sido mi estupor al ver un español que poseyendo una lengua que yo deseo tan ardientemente *parlar*, hace gala de hablar un francés que no sabe tampoco, y ofrece a los ojos de los extranjeros el más triste espectáculo! (p. 403).

En este contexto cultural de la época, las continuas referencias de Galdós en estos años a sus lecturas de los grandes autores de los Siglos de Oro, con Cervantes, Calderón y Lope a la cabeza, su defensa de las obras que exaltan el pasado nacional, y las críticas despiadadas a algunos de las obras afrancesadas que dentro y fuera de los teatros y de las librerías, son aplaudidas con entusiasmo, no ha de ser entendido solo como una búsqueda de modelos literarios y culturales, con los que Galdós va aprendiendo un determinado modelo de novela –al que se unirá con los años su admiración a otros escritores coetáneos como Clarín o el ejemplo de Zola-, sino como un verdadero posicionamiento ideológico y, me atrevería a decir, político. Es desde esta perspectiva en que lo cultural está unido a lo social en un entrelazado hilo de influencias desde el que tenemos que leer los primeros escritos de Galdós, muy alejados de la situación actual, que, irremediablemente, nos sirve de punto de comparación.

Leer a Cervantes, poseer varias ediciones del *Quijote* y del resto de sus obras, estudios que analicen sus contenidos no solo aporta una imagen de buen gusto y deseo de aprendizaje. Es también un posicionamiento social y político en aquella época, una defensa de lo “nacional”, que se concreta en la búsqueda de los esencialmente español. Una vez más, es necesario reivindicar el siglo XIX como el lugar propicio en que se construyó el concepto moderno de “nación española”, que aún hoy necesita de su consolidación. Y la obra de Galdós –periodística, novelesca y teatral- será uno de sus pilares.

3. TERCERA NOTA: UN PAÍS DE (ESCASOS) LIBROS, BIBLIOTECAS Y “LA FERIA”

Son muy escasas las fotografías que se conservan donde aparezca Benito Pérez Galdós rodeado de sus libros. Muchos de los que estaban en su casa de Santander se encuentran en el salón, lugar predilecto para las fotos que se hace en los últimos años de su vida, rodeado de grandes personalidades del teatro (como Margarita Xirgú o María Guerrero), de las letras o de sus queridos animales. Al fondo se aprecian algunas estanterías con libros. (imágenes página siguiente).

Chonon Berkowitz⁷ fue el último de los investigadores que pudo estudiar la biblioteca personal de Galdós en su ubicación original, tanto en Santander como en Madrid. En su catálogo de 1951 llegó a contabilizar 3974 volúmenes, aunque en la original seguramente hubiera algunos más. En su mayoría (3035) se encontraban en Santander⁸.

⁷ *La biblioteca de Benito Pérez Galdós. Catálogo razonado precedido de un estudio*, Las Palmas, el Museo Canario, 1951. Anteriormente había publicado sobre el tema en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 14 (1932), pp. 118-134 y en *El Museo Canario*, 8, 21-22, (1947), pp. 69-96.

⁸ En la actualidad, 3696 se encuentran en el Museo Casa-Natal de Benito Pérez Galdós en Las Palmas, después de que en los años cincuenta el Cabildo de Gran Canaria adquirió a María Pérez-Galdós Cobián una parte del legado de su padre con la intención de crear el Museo con sus objetos personales.



Benito Pérez Galdós recibe en el salón de su Villa de San Quintín en Santander a María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza



Galdós en el Salón de su Villa de San Quintín, en los últimos años de su vida.

Una tercera parte de la biblioteca de Galdós procedía de regalos: amigos escritores, entidades culturales, publicaciones académicas, folletos y memorias publicadas por varios cuerpos del gobierno, etc. etc. En todo caso, no fue nunca la biblioteca de Galdós la de un bibliófilo. Es una biblioteca profesional, donde abundan los libros de historia y filosofía, y en la que faltan incluso ejemplares de las propias obras galdosianas.

¿Dónde compró Galdós los ejemplares que forman parte de su particular biblioteca cervantina?

En la “Revista de la semana” del 1 de octubre de 1865, el joven Galdós se dedica a describir la “feria”, el particular rastro de la calle Atocha, que comienza su andadura a finales del verano. Si con anterioridad mencionábamos los diálogos y el humor como elementos esenciales del arte novelístico de Galdós, ya presente en sus crónicas periodísticas, ahora es el turno de la descripción, de su capacidad de describir la cotidianidad para trascenderla, para darnos las claves de un particular modo de comprender el mundo. En esta crónica, la curiosa –y en principio, inocente– mirada del joven Galdós va pasando revista a las diferentes secciones que componen esta feria “que es una venta precipitada de efectos nuevos y una almoneda de objetos viejos, utilizados a veces por muchas generaciones” (p. 155). En primer lugar, los cuadros viejos, los juguetes de chicos, los puestos de frutas, los muebles, las mantas, las cacerolas, los pedazos de hierro viejo, los relojes... y en medio, los libros:

Inclinemos en una posición digna del traperero ante estos escombros de libros, que parecen ruinas de una biblioteca; y allí revolviendo empolvados tomos, procuremos desentrañar de tan revuelto montón de obras, una joya literaria, arrojada en este mare magnum por la mano profana de un revendedor; porque en estos Océanos es donde suelen encontrarse las mejores perlas, y es la cosa más común encontrar más de una hermosa esmeralda en estos muladares tipográficos (p. 157).

Y este gesto cotidiano –vivido y visto en más de una ocasión durante estos primeros meses madrileños– le permitirá a Galdós hacer una verdadera crítica literaria de los géneros triunfantes del momento, en un recuerdo lejano al escrutinio cervantino de la biblioteca de Alonso Quijano: por un lado, tomos sueltos de enciclopedias, tan inútiles como muchas de las academias de la época; el texto de una comedia, que ha sido representada hace unos días, y que merece la escasa atención del crítico como también sucedió con su paso por los teatros: “obreja vendida y comprada entre otras tan insignificantes como ella, abierta siempre a los ojos del transeúnte y rechazada por todos”; y junto a ellas, obra tan menospreciadas e inútiles como los almanaques antiguos. Sin olvidar las novelas modernas, que, sin decir nombres, harían las delicias de los lectores al ser descritas de la siguiente manera:

Se nota que hay algunos [libros] que sobresalen en el montón como si quisieran atraer las miradas, libros petulantes, novelas de ciertos autores españoles modernos han engendrado, sobrenadan en aquel mar de hojas quizás por su demasiada vaciedad y ligereza. Revolviendo mucho, se encuentran debajo, oprimidas por su peso, algunas novelas también de autorcillos madrileños, depositadas en el fondo quizás por su excesiva pesadez (p. 157).

O por ser demasiado vacías o por ser demasiado pesadas. El modelo narrativo de Galdós no va a encontrarlo en la novela triunfante de su tiempo. Ese será su gran reto, su gran valor: haber sido capaz de crear un monumento literario moderno a partir de modelos de otros tiempos, como la propia obra cervantina, que es citada, como no podía ser de otro modo, en otro de los párrafos más interesantes de esa particular crónica cotidiana del Madrid de mediados del siglo XIX:

Al otro lado, se encuentran innumerables *Guías de forasteros* preñadas de nombres, y ostentando sendos escudos dorados en las dos tapas de cartón; se ve el discurso del académico, junto al tratado de logaritmos, el *Fuero Juzgo* junto al Robinson, Bertoldo junto a Don *Quijote*, *Fábulas*, *Pamela*, *las Tardes de la Granja*, los *Amores de Napoleón*, la *Cassandra*, todos revueltos, mezclados en un múltiple abrazo de fraternidad como si la desgracia que los arrastra por el suelo hubiera extinguido en ellos las clases y categorías (idem.).

¿En qué edición leyó Benito Pérez Galdós las obras cervantinas? En los estantes de su biblioteca se conservaron cuatro ediciones del *Quijote*, desde una reedición de 1866-1869 de la traducción al danés realizada por Charlotta Dorothea Biehl (nº 1789-1790), hasta dos tomos (de los cuatro originales) de la edición de la RAE de 1819, que tiene la particularidad de ir acompañado de la biografía cervantina de Martín Fernández de Navarrete, a la que volveremos más adelante (nº 1777-1778). Y junto a ellas, algunas ediciones publicadas en los últimos años de su vida⁹. Pero seguramente, el volumen que le sirviera de lectura más habitual es la cuarta edición de las *Obras completas* de Cervantes, que es el primer tomo de la famosa Biblioteca de Autores Españoles, que pusiera en marcha Rivadeneira en 1846 (nº 1225).

Ya sabemos que Benito Pérez Galdós no es de esos escritores que se refugian tras los muros de sus librerías para leer, para escribir, para conocer y dar a conocer el mundo. Todo lo contrario. Sus ansias de leer, su necesidad de leer todo aquello que se le ponía delante de los ojos, conseguía colmarse en otros espacios, siendo la biblioteca del Ateneo uno de los espacios más privilegiados. Allí seguramente pudo leer algunas de las ediciones comentadas por Hartzenbusch por estos años, en especial la realizada en Argamasilla de Alba en 1863, patrocinada por Rivadeneira¹⁰.

⁹[1] *El casamiento engañoso y Coloquio de los perros*, edición de Agustín G. de Amezá, Madrid, 1912 (nº 1793); [2] *Don Quijote de la Mancha*, edición de Adolfo de Castro, Madrid, 1905 (nº 1788); [3] tomo VI de las *Obras completas*, Madrid, RAE, 1917 (nº 1226), [4] *Don Quijote de la Mancha*, Madrid (Clásicos castellanos: nº 4,6,8, 10,13,16,19,22) (nº 1777-1787) y [5] *Novelas ejemplares*, Madrid (Clásicos castellanos, 27 y 36) (nº 1791-1792).

¹⁰Para más detalles, véase José Manuel Lucía Megías y Justo Fernández, *Manual del coleccionista de Quijotes*, Madrid, Pigmalión Ediciones, 2020. Hay edición facsímil del Ayuntamiento de Argamasilla de Alba del año 2018.

Y estas ediciones comentadas se alaban a la hora del retrato que Galdós le dedica a Juan Eugenio Hartzenbusch el 4 de febrero de 1866, al que hemos tenido ocasión de referirnos. Y lo hace con un párrafo lleno de exclamaciones e hipérboles:

El libro del Manco de Lepanto es su libro. En una sola pieza contiene para él su Dios, su templo y su biblia. En prueba de esto, léanse los comentarios que ha escrito para varias ediciones del *Ingenioso hidalgo*. ¡Con cuánta fruición se entretiene en marcar la supremacía de esta obra! ¡Con cuánto deleite se complace en proclamarla creación escogida, entre todas las creaciones del ingenio humano! En mágico estilo y con una dicción que no desmerece el modelo imperecedero, nos refiere las desdichas del más infortunado de los escritores; penetra con él en el lóbrego calabozo de Argamasilla, y ve en el oscuridad las mismas sombras de caballeros fantásticos; oye los mismos conceptos armoniosos. Hace amistades con el mismo don Quijote, y se toma franqueza con Sancho Panza. (p. 264).

Y de la mano de su elogio, podemos adentrarnos en cómo se leía el *Quijote* en el siglo XIX por una parte de sus entusiastas defensores, que ponen las bases del cervantismo moderno¹¹: una lectura casi religiosa, en que el investigador no se enfrenta a los retos de la crítica cervantina con sus herramientas filológicas, sino como el iluminado que consigue, en un éxtasis crítico, ahondar en los misterios de la obra. De ahí, las mil notas de Hartzenbusch¹², de ahí los desmanes esotéricos de Benjumea, que está también presente en la biblioteca de Galdós, de ahí las bases de algunos de los desmanes críticos actuales, que se basan en una crítica cervantina que ya ha sido superada. Solo hay que ver la diferencia del ayer con el hoy si comparamos cómo elogia Galdós el método crítico que Hartzenbusch utiliza para llevar a cabo su trabajo:

Hartzenbusch es necesario al *Quijote*, como el marco al lienzo: sus comentarios arrojan tanto luz sobre las partes confusas de la obra, determinan tan bien sus contornos, que es imposible prescindir de ellos. Sin duda a la formación de los comentarios y notas eruditas del *Quijote* impreso en Argamasilla ha debido preceder un éxtasis en que D. Jun Eugenio se ha puesto en comunicación con el Manco de Lepanto. Y seguramente el mayor solaz del académico bibliotecario será entregarse a largas meditaciones en que la imagen de su caro ídolo se le aparecerá para llenar de regocijo su alma agitada por un deseo vivísimo de ver y gozar el espíritu divino de Cervantes (pp. 264-265).

¹¹ Véase José Montero Reguera, *Cervantismos de ayer y de hoy: capítulos de historia cultural hispánica*, Universitat d'Alacant / Universidad de Alicante, Servicio de Publicaciones, 2011 y Francisco Cuevas Cervera, *El Cervantismo en el siglo XIX: Del Quijote de Ibarra (1780) al Quijote de Hartzenbusch (1863)*, Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2015.

¹² En realidad se trata de 1633: *Las 1633 notas puestas por el... Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch a la primera edición de El ingenioso hidalgo / reproducida por Francisco López Fabra con la fototipografía*, Barcelona, [s.n.], 1874 (Establecimiento Tipográfico de Narciso Ramírez y C^a).

Si en un extremo se colocan los afrancesados que conocen a Cervantes, que han leído *Don Quichotte*, pero que lo consideran un “poco aburrido”, que no está a la altura de los nuevos aires novelescos que proceden de Francia; en el otro hemos de situar esta visión religiosa de Cervantes, como el “dios de la literatura”, con el *Quijote* como el libro revelado y los cervantistas como los sumos sacerdotes de esta nueva religión, entre los que destaca Hartzenbusch. Y no es lo que digo yo. Solo hay que seguir leyendo a Galdós:

Don Juan Eugenio Hartzenbusch es, si no el revelador del poema inmortal, el más laborioso sacerdote del culto que el mundo presta a la gloria de Cervantes. Él conoce los misterios y dogmas de esta religión, y ha empleado gran parte de su vida a estudios católicos (¿por qué no teológicos?), que ha aplicado al mundo los arcanos que encierra el libro de los sueños y las realidades, el libro de los hombres (p. 265).

Idea a la que volverá años después, cuando haga aparecer a Hartzenbusch en su “Galería de figuras de cera”, el 19 de enero de 1868; y en la que se muestra mucho más explícito:

Cervantes, el inmortal, el divino Cervantes, es su ídolo, su Dios: el culto fervoroso que rinde al Manco sublime, es lo que mantiene en constante erección aquella nariz investigadora. En la Biblioteca, vasto templo, colosal panteón de glorias literarias, Hartzenbusch es sumo sacerdote, Cervantes la divinidad; y los trabajos del bibliotecario, en honor del patrono, son el rito más solemne y la práctica religiosa más respetada. (p. 389).

Ante este panorama, ¿cómo no entender el *Quijote* como el compendio de la filosofía humana, donde todos los saberes están recogidos de una manera maestra, donde no se puede tocar ni una coma ni discutir ninguno de sus conceptos? Es el momento de considerar a Cervantes como un “ingenio lego”, una persona que toca la divinidad pues su sabiduría no procede del estudio sino de su propia persona.

Mitos y leyendas que colocaron a Cervantes –y al *Quijote* como el libro revelado-, alejado de todas las críticas y de su tiempo. Un hombre mítico, de bronce y mármol, que solo ahora, casi ciento cincuenta años después, volvemos a rescatar como hombre, insertarlo en su tiempo, ese fascinante Siglo de Oro, del que nunca le tendríamos que haber sacado, pues sin su tiempo, el hombre y escritor Miguel de Cervantes, así como sus obras geniales, no pueden ser entendidas en su complejidad¹³.

¹³ Ese ha sido justamente la finalidad de mi investigación, los tres tomos de mi biografía cervantina: *La juventud de Cervantes* (2016), *La madurez de Cervantes* (2016) y *La plenitud de Cervantes* (2019), todas ellas publicadas por la editorial madrileña EDAF.

4. CUARTA NOTA: UN PAÍS ANTE EL ESPEJO DE LA VIDA MÍTICA DE CERVANTES

El jueves 23 de abril de 1868, Benito Pérez Galdós publica en la sección “Variedades” de *La Nación* un extenso artículo dedicado al “aniversario de la muerte de Cervantes”. Interesa este texto no por ser uno más de los lamentos galdosianos de la falta de memoria del pueblo español, que olvida a los grandes hombres de su historia, como ya hemos visto, sino porque es el reflejo de la fotografía mítica de la visión de Cervantes a mediados del siglo XIX. Una visión mítica de un joven Galdós, que recoge y repite los tópicos y mitos más comunes del momento, pero que se mantendrá en sus principios –que son los del cervantismo decimonónico- hasta el final de su tiempo.

Biografías de Cervantes y libros dedicados a analizar aspectos concretos de su vida en encuentra en los estantes de su biblioteca¹⁴. Las bases de su interpretación biográfica, en todo caso, será la interpretación de Martín Fernández de Navarrete, que no dejará de reeditarse desde 1819. En su biblioteca de Santander, Galdós posee un ejemplar de esta primera edición (nº 1335).

El Cervantes del siglo XIX, ese Cervantes nacional, ese Cervantes que triunfa en todo el mundo y que permite, gracias a este triunfo, mantener la llama vida del “orgullo nacional”, se considera que es el mejor símbolo para comprender los Siglos de Oro, una de las épocas más gloriosas de nuestro pasado. Y Cervantes “simboliza el apogeo de España” en aquel momento porque este es “militar y literario”, y en estos dos campos, Cervantes sobresale:

Soldado, asistió a la más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros; fue a mutilarse en aquellas gloriosas aguas de Lepanto, donde España salvó a la cristiandad y a la Europa.

Escritor, produjo la sublime fábula que comprende y resume todos los elementos poéticos de las letras castellanas; que contiene el apólogo social e histórico de más trascendencia e intención que ha producido la fantasía, que consagra y establece las formas más expresivas de la lengua¹⁵.

Y junto a esta imagen mítica, en que el soldado bisoño que con 24 años participa en la Batalla de Lepanto y recibe tres arcabuzazos, y el escritor que ofrece

¹⁴ En Santander: [1] nº 1335: Fernández de Navarrete, Martín, *Vida de Miguel de Cervantes*, Madrid, 1819; [2] nº 1378: Molins, Marqués de, *La sepultura de Miguel de Cervantes*, Madrid, 1870; [3] nº 1401: Pidal y Mon, Alejandro, *El retrato de Cervantes*, Madrid, 1912; [4] nº 1410: Rodríguez Marín, Francisco, *Cervantes y la ciudad de Córdoba*, Madrid, 1914; [5] nº 1411: Rodríguez Marín, Francisco, *Nuevos documentos cervantinos*, Madrid, 1914; [6] nº 1427: Sentenach, Narciso, *El retrato de Cervantes*, Madrid, 1915; [7] nº 1412: Rodríguez Marín, Francisco, *El retrato de Miguel de Cervantes*, Madrid, 1917. Y en Madrid: [1] nº 1389: Ortega y Rubio, Juan, *Cervantes en Valladolid*, Valladolid, 1888; [2] nº 1384: Navarro y Ledesma, F., *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1905 (con firma autógrafa) [y 3] nº 1310: Alonso Cortés, Narciso, *Cervantes en Valladolid*, Valladolid, 1918.

¹⁵ Cito por el ejemplar conservado en la BNE, gracias a la Hemeroteca Digital. Este texto no fue incorporado por Shoemaker a su libro de 1972.

el *Quijote* a su público en 1605 para que sea leído por los pajes en las antecámaras de los palacios, el tiempo lo ha convertido en símbolo del “apogeo militar y literario” de los siglos XVI y XVII; se repite el tópico que es necesario sumar para que el mito esté completo: la incompreensión de su tiempo, que le condenó a vivir pobre y morir solo y abandonado:

Aquel siglo de aventuras militares, interrumpidas tan solo para dar solaz al espíritu con el cultivo de la más amena poesía, para urdir las inocentes tramas del galanteo o aplaudir la representación del auto, de la comedia o de la loa, tiene una expresión exactísima en la obra de Cervantes y en su vida; en su vida, esa otra serie de aventuras sin ventura, en que aquel espíritu superior tuvo que habérselas con tantos trasgos, con tantos encantadores, con los horrendos e invulnerables vestigios de una sociedad que no le comprendía ni le sustentaba, de un Estado que le mandó a la guerra y no le rescató del cautiverio, de un envidioso Avellaneda que le llenó de vejámenes y quiso oscurecerle remendándole indignamente. Don Quijote, queriendo arreglar todos los entuertos del mundo con su nunca vencida espada; Cervantes, muriéndose de hambre mientras atesoraba las más ricas facultades intelectuales que caben en nuestra naturaleza, nos dan la medida fiel del estado social de la España de entonces.

Lo que me parece más interesante del artículo no es constatar que Galdós sigue a pies juntillas algunos de los tópicos más celebrados y repetidos en el momento (y algunos de ellos, lamentablemente, mantenidos en nuestros días), sin no que este tópico general le permite plantear un propósito personal, que le conducirá con el tiempo a convertirse en uno de los escritores más inabarcables de nuestra literatura.

La tesis que se postula en el artículo, que aparentemente habla del pasado, es que en el tiempo actual, el de Galdós y de sus lectores “progresistas” de mediados del siglo XIX, se da una situación muy semejante a la vivida por Cervantes en su tiempo. Una época de cambios y de transición, una época en que el “espíritu creador” puede volver a florecer, y sobreponerse a la decadencia vivida después de la muerte de Cervantes, que supone un punto de inflexión en su época:

La muerte de Cervantes, el más grande escritor del siglo décimo sexto, señala en las letras españolas una notable transición. Se concluían las manifestaciones artísticas del ingenio sano, la fantasía regulada por el buen gusto, la inspiración fogosa y rica, pero no calenturienta ni extraviada, la unión armoniosa de la inventiva y el buen sentido que presidía entonces a las creaciones líricas, a las novelas, a la más levantada epopeya y a los romances más familiares.

En cambio empezaban las manifestaciones mitad sublimes mitad groseras del ingenio errático y guiado por un ideal oscuro; la fantasía bastardeada por el mal gusto; la inspiración desigual y violenta, tan pronto elevada por la idea y el estilo a la más alta expresión de la belleza, como abatida al más indigno prosaísmo; la inventiva mal aprovechada, ya sirviendo a una fábula rica en hermosos accidentes, ya

esclavizada a las más nimias narraciones y a la pintura de los sucesos más inverosímiles; el estilo adulterado y lleno de vicios, tan pronto expresando con enérgica concisión los afectos, como formulando los más oscuros conceptos en un diluvio de palabras convencionales, exóticas y eruditas.

La cita es larga, pero no deja de sorprenderme (y admirarme) que un joven de 25 años, de un joven que está comenzando sus estudios, que está deslumbrado por la Corte, a la que descubre en cada momento, pueda ya tener un plan prefijado de cuál debe ser el recorrido que ha de transitar la literatura del siglo XIX para recuperar la grandeza perdida del pasado, ese pasado cervantino que Galdós está llamado –de manera más o menos consciente- a recuperar con su obra. Es el momento de mirar, de analizar, pero también es el momento de actuar, de escribir, de plantear su propia poética, que está recogida ya en este párrafo: todo lo que hay que evitar (presente) para poder volver a la grandeza del pasado, con el ejemplo de Cervantes como guía y modelo.

Si en aquel tiempo militar glorioso del siglo XVI, en Europa se repetía “la vieja frase: No se pone el sol en los dominios de España”, ahora, si el esfuerzo que se ha de comenzar a hacer llega a buen puerto, se podrá tener esperanza de que una nueva narrativa permita a un tiempo recuperar el prestigio nacional perdido por el desprecio de todo lo que no sea francés, y por otro lado, comprender mejor sobre qué cimientos se ha de construir el nuevo edificio de la nación española. No olvidemos que en septiembre se producirá la Gloriosa, y la salida de Isabel II de España.

De toda aquella época, solo se ha salvado la literatura... ¿Y de la época que le ha tocado vivir a él, del futuro como escritor que está ahora construyendo Galdós con sus crónicas en *La Nación*? La respuesta la tendrá el tiempo. Pero en abril de 1868 sí que tiene claro el camino... y la meta:

¡Sobre ese hidalgo avellanado, seco y antojadizo; sobre ese escudero socarrón, natural filósofo y pancista supino; sobre Don Quijote y Sancho Panza; sí, bien lo podemos decir, sobre esos dominios no se pone ni se pondrá nunca el sol!

Ni tampoco sobre la obra de Benito Pérez Galdós.

5. NOTA FINAL: UN PAÍS EN CONSTRUCCIÓN

Benito Pérez Galdós es inabarcable. Y a medida que uno se mueve por sus textos, la sensación de amplitud aumenta. Y eso que en este recorrido por sus lecturas e influencias cervantinas, solo me he limitado a disfrutar de la lectura de sus primeros textos, los que ponen las bases de una narrativa que, vista con la perspectiva de un siglo, sigue resultando abrumadora. Nadie, después de Cervantes, se atrevió a tanto... ¿o nadie por encima de Cervantes?

Para Benito Pérez Galdós, como ya ha sido indicado por la crítica y confesado por el propio autor en mil ocasiones, Miguel de Cervantes es un modelo: un modelo como escritor –sobre todo, de esa lectura satírica que se impone desde la Inglaterra del siglo XVIII a la Francia del XIX, sin olvidar los aportes alemanes del romanticismo-, pero también un modelo como persona, un modelo social.

A los dos, a Miguel de Cervantes y a Benito Pérez Galdós, les tocó vivir una época de cambios y de construcción. Una época especialmente trascendente, pues por sus años se iba consolidando algunas tendencias que se habían iniciado en las décadas anteriores, y durante su tiempo de escritura todo fue cambiando y transformándose. Nada tiene que ver la Monarquía Hispánica que vio nacer y en la que se educó y escribió los primeros versos instrumentales Miguel de Cervantes de mediados del siglo XVI, con la que consiguió retratar en su obra en las primeras décadas del XVII. Una obra que será testigo –y luz y guía- de estos cambios. Y lo mismo puede decirse de Benito Pérez Galdós, de esa España decimonónica que irá construyéndose, y con ella, los cimientos de lo que hoy somos como país y como sociedad, en esa mezcla diversa de oportunidades.

Si a finales del siglo XVI, el triunfo de los corrales de comedias como una de las primeras industrias culturales trastocó en parte todo el sistema literario –y su relación con la sociedad-, lo mismo puede decirse en el siglo XIX con el triunfo de la imprenta industrial y de los nuevos modos de difusión de la información y del conocimiento. Unas épocas apasionantes, que podríamos cerrar, en un triángulo hipotético, con nuestra época, en que estamos viviendo en el centro del huracán de la transformación digital, cuyos resultados solo el tiempo, ese sabio constructor, nos podrá permitir analizar.

Miguel de Cervantes y Benito Pérez Galdós, dos genios inabarcables, inconmensurables. Dos de los novelistas más ambiciosos y determinantes que ha dado la lengua española. Pero entre ellos, a pesar de los paralelismos, y de la lectura tan creativa y esclarecedora que hizo Galdós de Cervantes –sobre todo de las obras en prosa cervantinas- existe una enorme diferencia. El programa literario de Miguel de Cervantes se vuelve una “vida en papel” en los últimos años de su vida, desde el año 1613 hasta momentos antes de su muerte, donde encadena la publicación de la mayoría de su obra: *Novelas ejemplares* (1613), *Viaje del Parnaso* (1614), *Ocho comedias y ocho entremeses* (1615) y el *Persiles* (1616 y publicado en 1617), y en donde tiene que hacer un paréntesis en este programa literario para hacer hueco a la escritura de la segunda parte del *Quijote*, que publica a finales de 1615. Esta es su enseñanza. Este es su irónico testamento, pues la obra que él consideraba menor –la que no tuvo ningún éxito en su tiempo-, como lo fue el *Quijote*, sobre todo, la segunda parte de su

don *Quijote*, se ha convertido en piedra angular y fundacional de la narrativa moderna¹⁶.

Pero Benito Pérez Galdós es otra cosa.

Y así lo hemos ido viendo en estas páginas, en estas páginas que rescatan su lectura cervantina en los primeros años, esas primeras páginas escritas cuando llega a Madrid, que le sirven para comprender una realidad y también poder crear un estilo y un modo de escritura.

Si Miguel de Cervantes dedicó sus últimos años a ofrecernos su particular programa literario, ese que le permitiría sobrevivir en la vida de la fama después de su muerte, Benito Pérez Galdós, desde sus años juveniles comenzó a idear y construir un monumento literario, que puso las bases para el triunfo de la novela en el siglo XIX, un determinado modelo narrativo. Un modelo narrativo que miraba cara a cara a los movimientos extranjeros del momento para basarse en los cimientos de una literatura en español admirada por todos.

Este país, esta España que sigue en construcción necesita de escritores con la ambición de Benito Pérez Galdós para seguir mirando al futuro cara a cara, para llegar a comprendernos mejor y así también hacernos comprender, y poder repetir con orgullo las palabras de don Quijote en el capítulo V de la primera parte: “Yo sé quien soy”.

Benito Pérez Galdós lo supo y fue capaz de escribirlo.

¿Y nosotros lo sabemos cuando seguimos, como ya sucediera en el siglo XIX, ignorando y criticando a los grandes escritores que han puesto las bases para comprendernos?

Solo el tiempo tiene la respuesta.

Si Cervantes tuvo que esperar siglos para ser reconocido como escritor “digno de ser imitado”, al margen del triunfo comercial del *Quijote* por toda Europa, el centenario de la muerte de Galdós pues es una buena oportunidad para que ocupe el papel protagonista y fundacional de nuestro concepto de nación española. Un autor ejemplar. Un autor comprometido con su tiempo y el pasado de España. Un ejemplo a seguir en un tiempo, como el actual, en que triunfa la desmemoria que es nuestra muerte. Como individuos. Como escritores. Como nación.

¹⁶Para más detalles, véase José Manuel Lucía Megías, *La plenitud de Cervantes. Una vida en papel*, Madrid, EDAF, 2019.